

# Let

Gonzalo Celorio

Escritor. Director de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM

## C E N T R O D E S

Entonces muchas cosas se tenían que comprar en el centro necesariamente, sobre todo las que se adquirían una sola vez en la vida: el vestido de novia de mi hermana Tere, la olla exprés o la cama para el primo que vino de Cuba y se quedó con nosotros para siempre. A mí me fascinaba hacer esa excursión aunque fuera jalado por la mano apresurada de mi madre, que me impedía ver con detenimiento las maravillas que prometían los aparadores de las tiendas.

Recuerdo de esos viajes, entre la altisonancia de los merolicos, el borracho caído a media calle como niño héroe sin honores y las cubetadas de agua que salían intempestivamente de los establecimientos comerciales, el rojo seco del tezontle, que bañaba en sangre los edificios virreinales, y el reflejo transeúnte de mi cara azorada en los escaparates.

Tras un largo intervalo por donde se me escapó la infancia, volví al centro por mi propia cuenta cuando entré a estudiar la preparatoria al Centro Universitario México. Se me había despertado una vocación casi animal por el teatro que no podía encauzar en los estrechos márgenes de un colegio como el mío, confesional y rigurosamente masculino. En tiempos shakespearianos algún compañero hubiera podido desempeñar el papel de Julieta o de Desdémona, pero en aquellos preparatorianos de tan sobreactuada virilidad tal desplante habría condenado de por vida a quien semejante exabrupto cometiera. De manera que me inscribí, gracias a un profesor que impartía clase de literatura en el CUM y dirigía las actividades dramáticas de la Prepa 1, en el grupo de teatro de la Escuela Nacional

Preparatoria, ubicada entonces en el antiguo Colegio de San Ildefonso.

Todas las tardes tomaba mi camión en San Ángel, atravesaba la frontera del viaducto Miguel Alemán –más allá del cual el ánimo cobraba la inquietante sensación del viaje– y llegaba hasta el Zócalo. No puedo olvidar la imagen del centro al que, ya sin la mano protectora y al mismo tiempo coercitiva de mi madre, regresaba solo, con voz enronquecida y un bozo apenas despuntado, para estrenar el ejercicio de mi autonomía, la libertad de mi vocación y la que habría de ser la más persistente de mis devociones, el centro mismo: la luminosidad vespertina de la Plaza de la Constitución; la grandeza de la Catedral; la minuciosa fachada del Sagrario, que más parecía obra de encajes y bordados que de arquitectura; el Palacio Nacional con su estatura de niño y de dedal, como decía un López Velarde que por fortuna no conoció el despropósito del añadido del tercer piso con que, para hacerlo crecer, achaparraron para siempre el más republicano de nuestros recintos; las ruinas subterráneas del Templo Mayor, que apenas podían respirar, sepultadas como estaban por las calles de Guatemala y Argentina, y el soberbio edificio de San Ildefonso, al que se entraba por el fondo, que entonces era el frente, en la calle que lleva su nombre, a través de una puerta custodiada por los frescos de Ramón Alba de la Canal y de Fermín Revueltas.

Mi primera impresión de San Ildefonso fue realmente eso, una impresión, grabada para siempre, con fidelidad litográfica, en la retina del alma: los tres pisos del edificio que había sido asiento de la Compañía de Jesús, donde habían estudiado los pensadores

# raS

## C E N T R A D O

del último México colonial en un ámbito aún barroco a pesar del espíritu ilustrado de sus moradores, abigarrado ahora de jóvenes unidos en la diversidad que la etimología universitaria de su condición les prodigaba. El claustro principal. Los colores sangrientos y plomizos de José Clemente Orozco. El lema positivista que Gabino Barreda le obsequió a la Escuela Nacional Preparatoria, ORDEN Y PROGRESO, subvertido en el retozo de un patio improvisado como cancha de fútbol, cuya portería era nada menos que *La trinchera* de Orozco. El mural de la escalera. Cortés y La Malinche. Él desnudo, blancuzco, mórbido, sin sexo pero con una mano ávida sobre el cuerpo cobrizo de la Malinche. Y ella también desnuda, con los pezones –porque, si sólo uno se veía, el otro se adivinaba– morenos y duros, como de obsidiana. Y la alteración procaz del refrán que, paródicamente, se endilgaba al mural: LO CORTÉS NO QUITA LO CALIENTE.

Las tardes de esos años preparatorianos fui a San Ildefonso a ensayar obras tremendamente ambiciosas que fueron la semilla de mi patrimonio verbal: Eurípides, Shakespeare, Schiller. La Universidad, empero, ya no estaba en el que hasta entonces se seguía llamando “barrio universitario”, a no ser precisamente por la Preparatoria, que ahí permaneció, solitaria, por unos cuantos años todavía. Con la construcción de Ciudad Universitaria en el Pedregal de San Ángel, la Universidad se había mudado de casa.

Los estudiantes de Derecho dejaron el edificio un tanto funerario de la antigua Escuela de Jurisprudencia, que se quedó como salvaguarda de tantas palabras engoladas ahí dichas y redichas; los médicos, el que en los tiempos coloniales había sido Palacio de

la Santa Inquisición en la plaza de Santo Domingo y sus tenebrosas cárceles de la Perpetua; los ingenieros, el paradigmático Palacio de Minería de las calles de Tacuba; los arquitectos, la antigua Academia de San Carlos sin que la Victoria de Samotracia, que siempre había tenido postura de despedida –más de popa que de proa–, los hubiera visto salir, descabezada como estaba y como siempre ha estado; los economistas, el palacete de las calles de Cuba, a la vuelta de la tipográfica plaza de los Evangelistas, y los filósofos, literatos e historiadores, que no se ubicaban en el centro propiamente dicho –nunca lo han hecho–, pero relativamente cerca de él –así han estado siempre–, la casa de Los Mascarones, en la Ribera de San Cosme, si bien se llevaron de recuerdo la estatua del humanista novohispano fray Alonso de la Veracruz, que entonces estaba a la mitad del patio de los naranjos y que ahora veo todos los días desde la ventana de mi oficina de la Facultad de Filosofía y Letras en Ciudad Universitaria.

Cuando los estudiantes se trasladaron a las flamantes instalaciones del Pedregal de San Ángel en el año del 54, se llevaron consigo su entusiasmo, su boruca, su juventud. Desertado por sus jóvenes, el centenario centro de la ciudad de México envejeció de golpe y perdió su condición de centro. Se descentró. Así lo atestiguan mis pasos erráticos por sus calles en aquellos años teatrales y preparatorios y uno de los disparates de la nomenclatura urbana que le adjudica el contradictorio nombre de *colonia centro*, resumen de su primigenia condición matriz y de la triste marginalidad a la que se vio sometido desde que la Universidad dejó de ocupar sus antiguos aposentos. ☉